

empezó á sufrir tormentos inenarrables. «No haya hecho el diablo, pensaba, que el jefe pueda haber comido ese maldito potaje envenenado, y de que nada hayan aprovechado mis sacrificios.»

Comunicó en secreto sus sospechas á un compañero, y éste le dijo con risa:

— ¿Pero qué pensabas? Cabalmente á mí se me ocurrió igual cosa, y me engullí no sólo los dulces que le acercaban al General, sino también las carnes, las legumbres y las frutas... En cuanto á los huevos moles, no tengas cuidado; les conozco, porque con ellos me paladearon, y como me gustan de vicio, me comí una fuente que estaba en la mesa. Si así es el veneno, que me envenenen muy seguido; mas de seguro que los del banquete no tenían treta ninguna, aparte de azúcar, huevo, coco y un puntito de azahar, pues me sentí con ellos como nuevo.

El mismo día salió el convoy para Acatzingo, donde tocó que viera al General el mismo doctor Burguiccianni que había asistido en Puebla á Miguel.

— Mal andamos; esto parece tifo, del que tenemos de á bola entre la tropa; hay que aislar al jefe é impedir que se le aproximen gentes que no hayan tenido la fiebre.

Todos quedaron sin fuerzas ante la noticia; pero Miguel, acercándose al físico, le dijo gozoso:

— Yo sufrí ya la fiebre; usted mismo me curó.

— Cabal, tienes razón; pues quédate tú...

Y volviéndose á Garza Ayala:

— Mi General, salvo lo que usted opine y lo que más convenga al servicio, creo que sería bueno llevarse al enfermo á Puebla.

La traslación se dispuso inmediatamente. Eran las ocho de la mañana; el sol alumbraba amorosamente, sin calentar demasiado, ni agostar la hierba, ni secar la humedad de los prados. Se aderezó un gran guayín en que cómodamente podían caber diez personas, pero en que iban á acomodarse cuatro: el General, dos ayudantes y el médico. Daba Miguel los últimos toques á las tablas en que debía ir acostado el enfermo, aderezándolas con zarapes y colchones, cuando vió salir de una casilla al pobre Zaragoza. Caminaba poco á poco, desencajado, lívido, sin alientos, apoyado en el hombro de Garza Ayala; y para atravesar los ocho ó diez pasos que mediaban entre el coche y su alojamiento, se detuvo dos veces y se limpió otras dos el sudor que en perlitas minúsculas le salía á la frente.

Una vez que las mulas partieron haciendo sonar sus colleras apretadas de cascabeles, Zaragoza se reanimó un poco. Veía el campo verde, las montañas azules, los caseríos distantes con el placer de quien ama estas cosas y por ellas vive. Se había extendido la noticia de la enfermedad del caudillo, y de todas partes acudían los oficiales de los regimientos y batallones destacados en el

rumbo á informarse de su salud; mas lo que particularmente conmovía al enfermo era los soldados pálidos, llorosos, asustados, que se precipitaban al carruaje impacientes de ver á su ídolo, pero sin atreverse á dirigirle la palabra.

— Voy mejor, hijos; voy mejor; no se apuren; no tengan cuidado; todo pasará... No es nada, no es nada; cosas de médicos; pasado mañana estoy en pie.

Un pobre sargento, á quien se le conocía el grado en los vivos del destrozado chaquetín, se atrevió á preguntar á Miguel:

— Mi subteniente, ¿no nos le habrán envenenado los traidores?

— No digas tonterías, respondió el muchacho con seguridad; es una fiebrequita en que nada tienen que ver los traidores.

Por la tarde, las nubes que la Malinche había recogido en forma de tules impalpables, se extendieron por el cielo invadiendo todo el horizonte visible. El aire mezclado de polvo que empezó á soplar, traía consigo el grato olor de tierra ozonificada; las aves piaban temerosas buscando los nidos; las liebres mostraban al correr sus blancos traseros, y las vacadas huían mugiendo á refugiarse en los corrales, conducidas por el pastor que las arreaba tirándoles pedruscos con la honda y llamándolas por sus nombres.

Zaragoza se envolvió en la capa, alzó la cabeza, y rompiendo el silencio que había guardado, dijo gozoso:

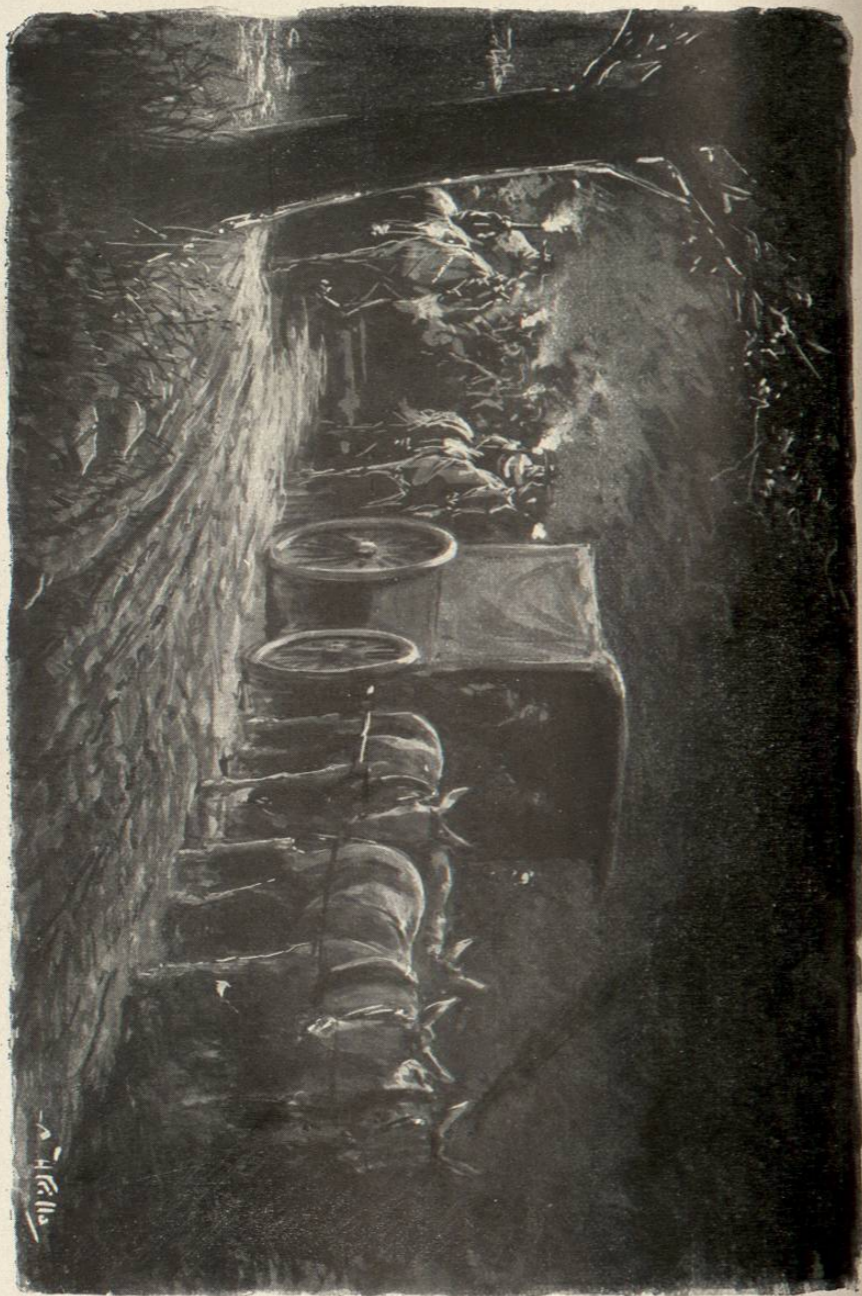
— ¡Buena se prepara la tormenta!

Como si esperara sólo su venia, una ráfaga de viento impregnada de agua se metió al coche alzando las cortinas y mojando la cara del General; á poco una racha de granizo azotó el techo, y luego una serie de goterones traspasó todos los vanos y hendeduras, obligando á los del guayín á buscar la manera de cubrir al enfermo.

El coche se había parado; los cuitados ayudantes no encontraban manera de salvar de la lluvia al paciente, pues ya estaban empapados los atajadizos y las cortinas que habían improvisado. Sólo se oían los juramentos del cochero y de sus ayudantes, que trataban de hacer andar á las mulas, y el chorrear del agua, que caía como si azotaran cueros. Se hallaban en una hondonada á donde reflúan las corrientes de los collados cercanos, y era imposible sacar el coche á flote...

A poco el guayín comenzó á hacer agua, que entró primero por los intersticios de las portezuelas y fué subiendo poco á poco hasta cubrir las tablas en que iba el caudillo, mojando á éste. Salieron los cocheros en caballos de la escolta á buscar gente á Amozoc, y volvieron acompañados de rancheros que desenfangaron el coche; como el aguacero había pasado, se pudo llegar á Puebla

...se pudo llegar á Puebla al oscurecer, á la luz de hachones empuñados por jinetes.



al obscurecer, á la luz de hachones de brea empuñados por jinetes.

Aquella noche deliró Zaragoza.

Miguel avisó á Eugenia de su llegada, y la misma noche estuvo á verle la muchacha. El placer del oficial fué inmenso cuando ella le comunicó lo de la paternidad.

— ¿Pero estás bien segura?... Hija, con estas cosas no se juega... ¿Conque un niño, conque un muñeco?... ¡Vaya que tiene gracia!... Y se echó á reir como un tonto, abrazando á su mujer con tal fuerza, que casi le hizo daño. Hay que decírselo á mi padre; hay que comunicárselo á tu madre, haciéndole saber que los Ubiarcos y Bracamontes tienen ya un heredero, aunque *mediatizado*, pues se ha repetido una vez más la historia del criollo don Alonso, don Alvaro ó como se llamara el causante del zipizape que trajo como consecuencia la pérdida de los dinerales de tu quincuagésimo abuelo... ¿Conque un hijo?... ¡Eres lo más mona!

Zaragoza pasó el cinco casi sin delirio, aunque con la mirada vaga. Le habían prohibido ocuparse en nada; pero á él le había dado la comezón de dar órdenes, de disponer todo y de revisar todo, hasta las nimieces. Por la noche, que Miguel pasó velando, se le oyó rechinar los dientes é incorporarse en la cama.

— ¡Alejo, Alejo!...

— Mi General...

— ¿Eres tú, García?...

— No, mi General; soy Olivos...

— Bueno, bueno,... subteniente Olivos, te hago capitán; llama á Alejo para que me descalce estas botas... No puedo dormir con ellas...

— Se equivoca, mi General; no son botas, son los cáusticos que le han puesto en los brazos y en las piernas, y que afortunadamente le *han hecho* muy bien...

— No me repliques, tonto; llama á Alejo...

Cuando el mozo ocurrió, el General dormía azezando.

El seis amaneció despejado, aunque la calentura iba siempre en creciente. A eso de las once llamó á Miguel, y con toda calma, como si dijera lo más cuerdo del mundo, le ordenó:

— Diga á Alejo que me traiga mis botas, mi caballo y mi espada... Pero que no sea el *Tagarno* el que me ensillen, porque ese me tira en el estado en que me encuentro...

Marroquí y Burguiccianni, que eran los médicos que le asistían, procuraron calmarle.

— Mi General, le dijo uno de ellos, ahora no puede usted levantarse; pero quizá mañana estará listo... Le curaremos los vejigatorios y ya podrá montar á caballo; ahora quizá le molestarían esas llagas que tiene en los brazos y en las piernas...

— Pero, ¿acaso no sabe usted, doctorcito de mi alma,

que tengo una patria que defender y que me ha confiado su honor? ¿acaso no sabe que soy el jefe del ejército, de este ejército de héroes desnudos, de héroes hambrientos, de héroes desarmados; pero valientes, pero nobles, pero grandes?

El doctor insistió, y Zaragoza, sentándose violentamente, le miró á la cara con ojos que parecían los de un hombre cuerdo, y le dijo con calma:

— Doctor, le había creído un hombre honrado y un buen patriota; pero veo que es un pícaro traidor... Es usted indigno de hallarse junto á este pobre lecho...

El doctor palideció, como si Zaragoza hubiera sido responsable de sus palabras; tal era el acento de verdad con que hablaba.

— ¡Alejo, Alejo! gritó, llamando á su asistente; parece mentira que tú, que tanto me querías, me hayas traicionado pasándote á los franceses... Me has dejado, has dejado á tu amo y le has vendido... Aquí estoy, atado en cepo de campaña, próximo á que me fusilen, y te lo debo á ti...

El pobre muchacho lloraba sin consuelo.

Al coronel García, su fiel ayudante, le desconoció, y quizá confundiéndole con algún mocho, le dijo á gritos y echándose fuera de la cama:

— ¡Fuera de aquí, traidor! ¡fuera, bellaco!

Y le pegó un golpe en el rostro.

Entre dos y tres se le acentuó una pequeña remisión.

— ¿Cuántos días estaré todavía en la cama? preguntó al médico.

— No pasará de seis...

— ¡No pasará!... ¡Y lo dice con tanta frescura!... Y entretanto, ¿quién cuida de mis soldados?... Buenos jefes tengo, como Berriozábal, Porfirio y Antillón; pero por algo me han puesto aquí... Si viviera en Puebla Juan Navarro, ya estaría yo en pie... Ese es médico...

El mismo día se avisó al Gobierno el deseo del paciente.

Al caer la tarde volvió el delirio más pertinaz y más agitado.

— Delira mucho; buena señal, dijo Marroqui.

Y Burguiccianni añadió:

— Los vejigatorios han obrado muy bien y la calentura está más baja; apenas tiene treinta y nueve y tres décimas.

Volvió á la idea de levantarse. Pedía botas, acicates, caballo y montura; discutía el camino que debía tomar y llamaba á todos sus generales enviándoles órdenes.

— Esos ayudantes, ¿están colocados á trechos de cincuenta varas como ordené?... Que lleven otra orden á Carbajal; ya me tiene colmada la medida... Le fusilo si le descubro el más mínimo indicio de traición... Que me atrape á todos los franceses, sobre todo á los que van por

la falda de la Malinche... Si no aprovecha la oportunidad y les coge, es porque está en connivencia con ellos... ¡Bribón! es capaz de venderse á Satanás y hasta á Almonte, que es peor todavía...

Pareció que descansaba, pues apenas se le oía rumiar algunas palabras entre dientes.

Al oír los clamores de las ocho, se sobresaltó nuevamente.

— No me hieren las balas, y no hay lugar mejor para observar al enemigo... Dame el antejo... García... García... Dí á Berriozábal que avance con cuatro columnas por el centro... A Negrete díganle que procure forzar la línea francesa, á la izquierda... ¿Dónde está Pedro de León?... Dí á Porfirio que se vuelva, que ya traspasó con mucho la batalla... Le deshacen donde se lo propongan... ¿Qué dice? ¿Que no obedece y que luego explicará?... Colombres, vaya usted mismo... Este muchacho, fiado en que tiene la mejor gente y un corazón enorme, va á comprometer el éxito de todo... Amenácele usted hasta con el Consejo de guerra... Toma mi antejo, que es mejor que el tuyo... Mira cómo corren los zuavos... Son *cualquier cosa*...

Como sudaba horriblemente, le mudaron la ropa y trataron de renovar el aire viciado de la habitación, cerrando unas puertas y abriendo otras.

— ¡Dios mío! empezó á murmurar Zaragoza. ¡Qué frío

hace en esta tienda!... ¡Qué catre tan incómodo!... ¡Si me dieran otro un poco más blando!... Pero si llueve aquí más que en el campo... ¡Brr...Brr...! ¡Qué horror! ¡Maldito temporal!...

La fatiga era mayor á cada momento, y aun cuando pareciera dormir, tenía los ojos abiertos, que se destacaban brillantes y llenos de expresión en la cara pálida y sin la sombra del cabello, que tenía cortado al rape.

Los médicos, al retirarse por la maña-

na, abandonaron ya los optimismos de la víspera.

— ¡No se escapa! decían contristados.

— Pero qué ¿no hay esperanza? decían incrédulos los ayudantes.

